



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 10.

JUEVES 15 DE MAYO DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

ESCRITORES CELEBRES, el marqués de Santillana, por Florencio Janer.—INTRIGA Y PASION, por John Lang (*Conclusion*).—DIANA LA VENGATIVA, por José María Cuenca. LA CAZA DEL ELEFANTE EN AFRICA.—ESTUDIOS CIENTIFICOS, las oscilaciones de los péndulos.—HISTORIA NATURAL, el águila.—CANTARES, por Augusto Ferran.—CONOCIMIENTOS INDUSTRIALES, carton piedra vegetal.—Endurecimiento del papel.—Utilizacion de todos los yesos.—Explicacion de la clave enigmática del número anterior.

ESCRITORES CÉLEBRES.

EL MARQUES DE SANTILLANA.

Entre los poetas españoles del siglo XV, quizás no tiene rival el marqués de Santillana en el gusto en el decir y en la riqueza y variedad de las imágenes. Sus descripciones, sobre todo, son siempre vivas, verdaderas y enérgicas, y lo mismo cuando describe la naturaleza que los seres animados, presenta siempre espectáculos á que nos parece asistir, recorriendo nuestra imaginacion los espacios que concibiera el poeta.

Don Íñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana, nació en la villa de Carrion de los Condes el lunes 19 de agosto de 1398, de una familia tan ilustre, que su padre llegó á ser gran almirante de Castilla. Desde muy jóven tuvo que aleccionarse en los azares de la vida, pues perdiendo al autor de sus dias le fue preciso luchar contra las asechanzas de los ambiciosos que anhelaban arrebatárle sus honores y sus caudales. Pero don Íñigo no solo pudo hacer frente á las contrariedades de su juventud, sino que aun muy jóven llegó á ocupar distinguido puesto en la corte de Castilla, y obtuvo mas adelante honrosos cargos en los ejércitos, acudiendo con ellos á pelear contra los moros. Elevado á la dignidad de marqués y gozando de preponderancia en la corte, no tardaba en atraerse la enemistad del condestable Don Alvaro de Luna, favorito tan capri-

choso como prepotente, con el cual no podia ponerse de acuerdo. Pero si bien con la muerte de este último, parecia iba á llegar el tiempo en que el marqués de Santillana ocuparia el primer puesto del estado, sucedió todo lo contrario. Desengañado de las mundanales miserias, sobre todo despues de la muerte de su esposa, ocurrida en 1453, determinó retirarse á vivir entre la calma de los estudios literarios á que consagró el resto de su vida. Falleció en 1458.

Por mas que la poesía castellana se hallase al florecer el marqués de Santillana en una especie de renacimiento literario, supo este, sin embargo, imprimirle cierto sello que no podia desconocer su origen. Juicioso pensador y escritor elegante, apasionado por la forma simbólica que nos venia de Italia; y de imaginacion ardiente que le hacia dar á todas sus composiciones un colorido brillante y novelesco, aun hoy mismo, á pesar del rancio sabor de sus poesías, leemos con gusto todas sus composiciones literarias. Escribió en prosa y en verso. Sus *proverbios* son justamente celebrados, por la originalidad, los conocimientos profundos de la moral que en ellos se vierten y la fantasía que en los mismos campea. En cambio, en la *Comedieta de Ponza*, se presenta con versos clásicos, vigorosos y rotundos si asi podemos espresarnos; descubriendo en el fondo la consistencia de sus opiniones y la seguridad de sus buenas dotes morales. En ella se espresa asi recordando la caducidad de lo terreno:

O vos dubitantes, creed las estorias
E los infortunios de los humanales,
E ved si los triumphos, honores é glorias
E grandes poderes son perpetuales.
Mirad los imperios é casas reales
E como fortuna es superiora,
Revuelve lo alto en baxo á desora
E face los ricos é pobres eguales.

En 'a *Pregunta de nobles* que dirigió á don Enrique, señor de Villena, se muestra no solo

erudito, sino previsor y filósofo. Mas donde demuestra sencillez y candor en los asuntos y facilidad suma en la versificación, es en las *serranillas*, género de poesía en que nadie como el marqués de Santillana supo conquistar la admiracion de la posteridad por su gracia, por su espontaneidad y donaire.

Acertado en los símiles y comparaciones, los usa casi siempre con admirable precision y verdad, valiéndose de ideas ciertas y exactas, abundantes en *El infierno de los enamorados*. En *La Querella de amor*, en *El Sueño*, en *La Vision*, y en otras composiciones del elegante poeta castellano, se encuentran tambien otras dotes capaces por sí solas para haberle conquistado privilegiado puesto entre los vates españoles de la edad media. Además de sus producciones poéticas cuenta don Íñigo Lopez de Mendoza con producciones en prosa de indisputable mérito. Todo, en fin, concurre, para que recientemente haya llegado á decir un crítico moderno, que el docto marqués de Santillana simboliza las glorias castellanas del siglo XV. Porque, como ha dicho muy bien, á sus esfuerzos debió España los mas brillantes triunfos en el progresivo desarrollo de las letras: fueron desde entonces familiares á nuestros ingenios los mas celebrados poetas de Italia, y no peregrinos los franceses; comenzaron á ser conocidos por esmeradas traducciones los escritores de la antigüedad; estrecháronse los lazos que unian ya á los trovadores catalanes y castellanos, y en una palabra, quedaron echadas las semillas, que germinando bajo el cetro de Isabel, produjeron mas tarde el siglo de oro de la literatura española.

Hé aquí uno de los *decires* mas preciosos y menos conocidos del marqués de Santillana:

Amor, el cual olvidado
Cuidaba que me tenia,
Me face vivir penado,
Sospirando noche é dia.

I.

En otros tiempos quisiera
Que de mí non se membrara:
Que cualquier bien me ficiera,
Pues que gelo soplicara.
Mas despues que rebatado
Me vió de como solia,
Me face vivir penado,
Sospirando noche é dia.

II.

Pero, amor, pues me feciste
Amador, fazme que crea
Ser amado de quien viste,
Que me firió sin pelea:
Si non dóme por burlado,
Pues donna de tal valia
Me face vivir penado,
Sospirando noche é dia.

III.

Si non, sabe ciertamente
Que jamás tuyo non sea,
Nin me llame tu serviente
Nin vista de tu librea,
Aunque sep' andar trasgado;
Pues tu poca cortesía
Me face vivir penado,
Sospirando noche é dia.

F. J.

INTRIGA Y PASION.

(CONCLUSION.)

—No; pero me choca que hayais evitado ese sentimiento: Boccacio dice que el amor nivela todos los rangos y condiciones.

—Bien; pero yo no la amaba; tal vez si la hubiera amado, mi amor hubiera desterrado todos mis escrúpulos. Estas son materias sobre las cuales es imposible razonar. Luego, despues de mucho trabajo descubrí que mi hermosa y jóven amiga era una espía pagada por Fouché; que era una de las que formaban una sociedad llamada La Cohorte.

—¡Justo cielo! ¿en qué peligro estuviéteis, Jerónimo! ¿Supongo que la descubriríais que vos erais el autor de las cartas!

—Hubiera pagado la pena, creo que con la vida, poco mas ó menos.

—¿Os amaba esa jóven?

—Creo que sí.

—¿Cómo se llamaba? ¿os acordais?

—Se llamaba Raquel de Este.

—Ahora bien, mi querido Jerónimo, suponiendo que la hubierais amado, no sabiendo que era un espía se hubiera descubierto el hecho ¿y entonces?

—No puedo decir mas que lo que hubiera sido mi sentimiento si la hubiera amado como os amo, María; la hubiera amado aun cuando me hubiera hecho traicion y divulgado mi secreto.

—¡Es imposible!

—No; es la verdad. Cuando un hombre ama como yo os amo, su cariño se liga de un modo involuble á su existencia.

—¿Cómo! si vos me amais y yo os hago traicion poniéndoos de un modo vil en manos de vuestros enemigos ¿me amareis aun?

—Yo puedo detestar la ofensa y maldecir la depravacion de la naturaleza humana, pero no os amaré menos por ello. Sobre el cadalso á donde me hubiera conducido vuestra perfidia, desearia aun un tierno suspiro vuestro; á la puerta de la eternidad, por decirlo asi, pediria veros aun en el otro mundo.

—¿Está eso en la naturaleza humana, Jerónimo.

—Está á lo menos en la mia.

La condesa se levantó del canapé en que estaba sentada, y echando los brazos alrededor del cuello de Jerónimo, imprimió algunos ardientes besos en su noble frente, y se puso á llorar con amargura.

Durante la entrevista de Jerónimo y la condesa, Mr. De Clairant estaba al lado de Anto-

nieta Lagrange, en la cual habia hecho una impresion agradable. La hablaba de amor, de amor al que ella habia sido siempre estraña y le escuchaba con placer. De Clairant se sentia en este momento, no solo avergonzado de su profesion de espía, sino disgustado de su vida anterior. En presencia de esta jóven se sentia como se siente el pecador en quien la enfermedad del cuerpo como a del alma le da el deseo de ser virtuoso. De Clairant no amaba ya á María de Saint Cyr; en su interior la despreciaba; en aquel momento la miraba únicamente como el instrumento por el cual un hombre dotado de grande inteligencia, hermano de la jóven á quien amaba, iba á ser entregado en manos de Fouché, que era tan incapaz de remordimiento y se hallaba tan exento de sensibilidad como la guillotina misma. Desde que estaba en Inglaterra, á pesar del poco tiempo que hacia, habia ganado legítimamente al juego una gran cantidad de dinero, que era suficiente para darle una buena renta en Inglaterra, y si no le hubiera desagradado el país (él no hablabla el inglés), hubiera descubierto á Jerónimo el plan de Fouché, dejando el viaje que estaban á punto de emprender para Francia. Estando informado como lo estaba por el lord Zine de la correspondencia de Fouché con el gobierno inglés, conocia que tenia á Fouché en su poder y que Jerónimo y su hermana estarian perfectamente seguros aun despues de ser entregados en manos de Fouché por María de Saint Cyr.

De Clairant con estas ideas ofreció su mano á Antonieta que la aceptó por que le amaba.

—Pero guardad en secreto nuestro amor, la dijo cuando ella le contestó.

—¿A mi hermano?

—Sí, á vuestro hermano, pero será por poco tiempo; yo quiero ser el primero á hablarle de nuestro cariño.

—¿Y no hablareis de ello á vuestra hermana?

—No en el momento; los intereses de la condesa y los míos no son apenas iguales, aun que aparezcan serlo. No os enseñaré á mentir pero por los diez dias primeros fingid indiferencia hácia mí.

Francisco, el criado de De Clairant fue enviado á París habiéndose formado otro plan con respecto al disfraz de Jerónimo. Iba á viajar como un mensajero real inglés que llevaba cartas de importancia á la corte de París. Sin trabajo alguno María le proporcionó un pasaporte inglés de un oficial amigo suyo; de este modo Jerónimo fue habilitado para viajar.

La condesa le habia manifestado á Jerónimo que sin el consentimiento de su tío, que era su curador, no podia casarse ó que de hacerlo sin él, perderia una gran parte de su renta. Además habia asegurado á su amante que no habria dificultad alguna en obtener tal consentimiento porque su tío pertenecia en cuerpo y alma á la causa de los Borbones, y con solo saber que él era el autor de las cartas de «Disco», no solo le adoraria, sino que le haria heredero de cuanto poseia.

X.

Eran las nueve de la noche del 12 de julio, cuando el carruaje entró en el patio de la casa de Fouché. Este se hallaba vestido de un modo conveniente hacia ya mas de media hora, y habiendo dado las instrucciones necesarias se habia sentado en un ancho sillón. Un actor de alguna celebridad habia asistido á su tocador; Fouché sentado representaba un hombre por lo menos de 75 años, débil de cuerpo y de inteligencia, pero no del todo decrepito ni incapaz de andar por su habitacion; un par de muletas estaban al lado de su silla, y los paños de franela que envolvian una de sus piernas, parecian dar á entender que padecia de gota. El traje como puede suponerse era sumamente adecuado; habia pertenecido á un desgraciado marqués anciano, cuyos efectos habian caído en poder de Fouché algunos meses antes. ¡Cuán ardientemente saludó el anciano marqués á la

condesa de Calmet que habia estado emigrada tanto tiempo! ¡Con qué cariño la estrechó contra su corazon sollozando sobre sus hombros mientras tenia asida con su mano izquierda la de su querido sobrino De Clairant que no tenia palabras para espresar sus sentimientos! Jerónimo y Antonieta se hallaban afectados por una escena tan tierna, la segunda derramaba lágrimas, pero De Clairant se adelantó, y tomando su mano hizo que se la secaran bien pronto.

Terminadas estas demostraciones de afecto, Jerónimo y su hermana fueron presentados al anciano marqués de Beauville, que hizo un profundo saludo á Jerónimo, y cogió la mano de Antonieta con una galanteria admirablemente representada. Los ojos de María de Saint Cyr y de De Vivier se encontraron, y sus miradas manifestaron un disgusto que aumentaba gradualmente; ellos sabian por qué, se miraban mutuamente en el último grado del envilecimiento.

—Como amigo de mi sobrina, Mr. Vercourt, tengo un placer en conoceros, y como amigo de los Borbones, sed doblemente bien venido.

Despues el supuesto marqués de Beauville y Jerónimo hablaron de las malades de Fouché; Jerónimo se espresó con vehemencia contra él y leyó á instancias del supuesto marqués una carta de «Disco», en que hablaba de los crímenes del ministro y de la cohorte de Venus.

Jerónimo preguntó si un retrato que habia en la habitacion era obra de Van Dyk.

—Sí, contestó Fouché, pero si mirais mi colleccion de retratos os agrada mi prudencia.

—¿En qué concepto, marqués?

—Porque cuando me conocia en peligro, quitaba todos los retratos de los Borbones y ponía en su lugar los de los hombres mas populares de nuestro tiempo. Mirad, ahí Napoleón, allí Junot, allí Ney, luego Tayllerand, y aquí sobre esta chimenea ¿quién creéis que es el que está?

—¿Fouché?

—Sí, Fouché y por los que le han comparado con su original, digo que es de una semejanza admirable. ¿No es acertado de mi parte el poner todos estos retratos en la pared?

—No dudo, marqués, de que la accion era tan política como dolorosa. ¿Y este es José Fouché? ¡Qué inmenso dominio de sí mismo indica esa boca!

—¡Inmenso!

—Diria que el hombre que tiene esa boca oiria la muerte de su mayor amigo sin mover un músculo.

—Juraria que lo hace así.

—¡Monstruo repugnante! dijo Jerónimo amenazando al retrato; pero hay mucha inteligencia en su aspecto, y sin embargo, por este cuadro no imaginaria yo que Fouché tuviera ese tacto especial por el cual se ha distinguido tan venturosamente.

Fouché se quitó entonces la peluca y pasó los dedos por entre sus cabellos; Jerónimo habia empezado á hablar con María y no observó este movimiento, ni que Fouché, quitándose los paños de franela que envolvian su pierna se disponia á levantarse con el objeto de cerrar las puertas de la habitacion. Hecho esto se encará con Jerónimo y le dijo:—Mr. Lagrange, he cerrado las puertas, aunque semejante precaucion es inútil, porque la casa está bien guardada y vuestra huida es imposible.

Jerónimo quedó asombrado al oir este lenguaje y miró á María como pidiéndola la esplicacion, pero esta se habia cubierto el rostro con las manos y tenia la frente apoyada en el mármol de la chimenea. Fouché prosiguió:—Monsieur Lagrange, no soy el marqués de Beauville ni ningun otro necio aristócrata, soy uno de esos miserables, cuyos retratos adornan estas paredes. Bien pronto podreis descubrir cuál de ellos, con solo fijar la vista.

—¡Gran Dios! exclamó Jerónimo, ¿es posible que seais... José Fouché?

—Sí, y ahora no os dejes conducir por una de estas sirenas que habeis representado tan gráficamente, dijo señalando á María, ni por

uno de esos nobles degradados, dijo indicando á De Vivier. Estos son los individuos principales de la cohorte que Fouché ha establecido.

—¡María! exclamó Jerónimo, dudando de sus ojos y de sus oídos; pero ella no movió su frente del mármol de la chimenea, ni respondió á su llamamiento.

—Mirad, dijo Fouché con sonrisa, mira al hombre con rostro de fraile y con la voz de la muerte.

—Está bien, dijo Jerónimo con voz firme, veo que estoy en vuestro poder; pero no tendréis la satisfacción de oír que os pido clemencia; habeis oído mi opinion y esta opinion la sostengo. Ejerced vuestro poder de cualquier modo que querais, pero os rogaria permitiérais á mi hermana ir con nuestros amigos. Cuquiera que sea mi delito, ella no tiene parte en él; os suplico que la eviteis el sufrimiento.

—Esta señorita no está acusada de nada, dijo Fouché, y es libre de ir á donde quiera y cuando lo desee.

—¡Jerónimo, hermano mio! gritó Antonieta, dejadme ir con vos á la prision, á donde quiera que vayais; si vais á perecer en el cadalso, dejadme morir con vos!

—Señorita, dijo Fouché, nuestras prisiones están tan llenas al presente, que apenas hay espacio para los que tienen derecho á estar en ellas.

—Querida Antonieta, dijo Jerónimo á su hermana, ve con nuestros amigos; y volviéndose hacia María la dijo: Señora, en este momento de vuestro triunfo debéis ser generosa; vos me prometiais la seguridad de mi hermana tanto como la mia propia; la parte de vuestra promesa que se referia á ella, ¿puedo contar con que la cumplais?

—Hermano mio, gritó Antonieta abrazándose á Jerónimo, no permitais que nos separen; dejame ir contigo á la prision.

—No puede ser, señorita, dijo Fouché; además vuestras pruebas no están completas y vuestro hermano puede ser absuelto y puesto en libertad en el momento.

—¡Absuelto! dijo Jerónimo con ironía, no, vos estais seguro de vuestra presa; mis manuscritos estarian pronto en vuestras manos si no lo están ya. Yo mismo me confieso autor de ellos; no hay necesidad de la farsa de hacer una prueba; despues de mi muerte se presentarán muchos falsos «Discos» pero servirán para hacer mas notable la falta del verdadero.

—Continuad con vuestra vanidad, le dijo Fouché.

En aquel momento la habitacion se llenó de gendarmes; en el instante que aparecieron, Antonieta se desmayó.

—Cuando recobré el conocimiento, mandad que la lleven con vuestros amigos, dijo Jerónimo á Fouché; tengo el derecho de pedirlo así. Esta señora, añadió señalando á María, sabe quiénes son los que están relacionados con nosotros, ahora señor, estoy pronto.

Fouché señaló hácia la puerta; Jerónimo se dirigió á ella lentamente, cuando María se volvió y sus miradas se encontraron. ¡Adios! la dijo.

—¡Deteneos Jerónimo! exclamó esta cortándole el paso; ¡no marchareis así!

—¿Qué vais á hacer? la dijo Fouché.

—Mandad salir á esas gentes, á esa guardia.

—¿Por qué?

—¡Mandadlos salir ó hablo delante de ellos!

—¿Qué haceis? ¿estais loca?

—¡Mandadlos salir en este instante! ¡mandadlos salir!

—¡María!

—¡Mandadlos salir!

Fouché ordenó á los gendarmes que salieran á la habitacion exterior.

—¿Qué es esto? dijo Fouché, cogiendo de la mano á María que se habia arrodillado ante Jerónimo incapaz de manifestar los sentimientos que atormentaban su cabeza y su pecho.

—Deseo, contestó María levantándose y clavando de un modo feroz sus ojos en los de Fouché, deseo que me oigais. Me habia comprometido, respecto á vos, á ganar el corazón de Je-

rónimo La Grange; preguntadle si lo he logrado.

—Contestaré antes de que me pregunte, dijo Jerónimo. Vos no habeis ganado mi corazón, yo le he puesto á vuestros pies, es vuestro aun y lo será hasta que deje de latir.

—¿No me habia comprometido á traéroslo á París cautivo en las cadenas del amor y á ponerle en vuestro poder? dijo María. ¿Y no he cumplido mi mision?

—Pero, ¿por qué quereis detenerme en este momento?

—Escuchadme, Fouché; al ganar el corazón de Jerónimo he perdido el mio; le amo.

—¡María! ¿Qué capricho es ese?

—Os he dicho que amo á este hombre; ha llegado á ser mi ídolo. Su genio, su elocuencia y ante todo su honradez y su noble naturaleza, eran demasiado poderosos para mí. La falsedad que yo inventé para atraerle, se convirtió en verdad en el momento en que llegó á mis labios y al tratar de cautivarle, mi corazón desfalleció quedando yo misma cautiva.

—¿Os habeis vuelto loca?

—Lo que le juré entonces y os juro aun, es que antes compartiria con él un pedazo de pan, mendigaría con él, moriria de hambre con él, pereceria con él en un calabozo ó me hundiria con él en lo mas profundo del Océano, que llegar á ser la esposa de un emperador y madre de una raza de reyes.

—¡Bah! Jerónimo irá á una cárcel.

—¡Jamás!

—¡Me desafiáis!

—Sí; es verdad que Jerónimo está en vuestro poder, pero no solo teneis que ponerle en libertad, sino que debéis garantizar su seguridad futura.

—Estais loca ciertamente, María.

—No, Fouché; sereis vos el que dareis una prueba de estarlo si os negais á mis deseos.

—¿Por qué razon?

—Porque estais en mi poder y en caso de repulsa ejerceré ese poder.

—¿Me amenazais? ¿Yo en vuestro poder? No estoy en poder de ningun ser viviente.

—Vuestra cabeza está en el tajo, y el hacha en mi mano. Poned en libertad á Jerónimo; si lo haceis escribiré á Inglaterra para prohibir la trasmision de una carta que no llegará á manos del emperador.

—¿Y cómo una carta escrita por vos puede interesarme tanto?

—Porque esa carta puede informar al emperador que habeis conspirado contra él y habeis puesto en su boca palabras que no pronunció jamás.

—Por la primera vez de su vida, Fouché cambió de color; sus labios temblaron y sus manos quedaron crispadas.

—¿No os habreis atrevido á romper los sellos de mis cartas?

—No; pero sé su contenido. Despues tomando la mano de Jerónimo le dijo: Mr. La Grange, estais libre del poder de Fouché; no podreis dudar de mi amor despues de haber presenciado esta escena; estais libre igualmente de vuestro compromiso para comingo, porque vos no creeriais que yo era un espía cuando me hicisteis vuestras confidencias y me declarasteis vuestro amor.

Fouché se adelantó hácia Jerónimo con una sonrisa amable.

—Parece conoceis, señor, la naturaleza humana mejor que yo y vuestra profecía respecto á la cohorte de Venus en lo que concierne á esta señora, se ha cumplido á la letra. Cuando yo necesitara mas sus servicios, deciais que me abandonaria y tal vez me denunciaria. Hasta que vuestra hermana recobre sus sentidos, será mejor que permanezcáis aquí; os entregarán inmediatamente las llaves de vuestra casa. Estais completamente libre.

Jerónimo, que en aquel momento abrazaba á María, no oyó bien las últimas palabras pronunciadas por Fouché; pero observando que su tono era bastante amable, le dió las gracias.

Fouché salió de la habitacion y despachó á los gendarmes; al entrar otra vez se le acercó De Vivier.

—Creo, señor, que me perdonareis.

—¿El qué? le preguntó Fouché.

—Os presento mi renuncia en este momento.

—¡Vuestra renuncia!

—Mi cariño á la señorita de La Grange no es menos sincero y ardiente que el de María á Disco.

Fouché miró á De Vivier de un modo investigador; era un verdadero insulto este modo de proceder, y le hizo reflexionar algunos minutos.

—¿Teneis un amor tambien? ¿Pensais en casamiento? Vos que no teneis un franco en el mundo, mas que lo que recibís de mí?

—Señor, deseo renunciar á mi oficio; es cierto que no soy tan rico como lo era en mis primeros años; pero tengo mas experiencia que me enseñará á conservar la pequeña fortuna que he adquirido en Inglaterra.

—¡Habeis adquirido una fortuna! ¡Habeis tomado mi consejo de dejar el azar y adoptar la destreza!

—No, señor.

—¿Y pensais efectivamente en casaros?

—Sí señor.

—Muy bien; os permito que os retireis. Y llevando á De Vivier hácia Antonieta, Fouché la dijo á esta: Señorita de La Grange, permitidme que os felicite por la eleccion que habeis hecho de un hombre que no es sobrino mio, pero sí un aristócrata como vos. Conozco que cometia un grande error, pero no quiero dejar de aprovecharme de la leccion. Ningun usurpador ni sus agentes deben confiar en nadie que haya estado cerca de un monarca legítimo. Ahora, Mr. La Grange, añadió Fouché volviéndose á Jerónimo, quiero deciros dos palabras. Si nosotros no llegamos jamás á ser amigos íntimos, espero que tampoco seremos nunca enemigos declarados ni secretos. No era á vos á quien yo queria castigar, era al autor de las cartas; os parecerá tal vez que la distincion es demasiado refinada, pero dejémo lo os lo ruego, y que no haya mas de Disco.

—Desde hoy en adelante, señor, dijo Jerónimo, me ocuparé de literatura pero de un modo inofensivo; se puede decir que Disco ha perecido á manos de Himeneo.

Un consejo aun Mr. La Grange. ¡Dejad la Francia! No puedo garantizar vuestra libertad mas que mientras sea ministro de policia, y de un momento á otro puedo ser quitado. Marchad, marchad á cualquier país del mundo, pero no permanezcáis en este hasta que los Borbones sean restaurados en el trono, si esto sucede algun dia.

Cuando Jerónimo y María, De Vivier y Antonieta dejaron á Fouché, este se decia á sí mismo: ¡Cuán superior es la astucia de la mujer! ¡De qué incalculable precaucion es capaz! ¡Si no me hubiera dicho que en caso de que ella dejara de escribir, el contenido de mis cartas hubiera llegado al emperador, hubiera enviado á los cuatro á la prision de Vincennes!

Mi historia está concluida, pero el lector deseará saber que Jerónimo se casó con María y que Antonieta llegó á ser la esposa de De Vivier; voy á contar el fin de la historia.

Jerónimo La Grange y su mujer siguiendo el consejo de Fouché, dejaron á París á poco de haberse casado y se establecieron en Dresde. María llegó á ser madre de dos criaturas; un niño que era la imagen exacta de su padre y una niña que era muy parecida á la madre. Allí vivieron algunos años en el retiro interesándose muy poco en los asuntos políticos aunque estaban relacionados con la sociedad de la capital de Sajonia.

Un dia que se estaban paseando con sus hijos por las orillas del Elba vieron á un hombre sentado sobre una piedra, que estaba hablando solo y gesticulando de tal modo, que Jerónimo llegó á creer que estaba loco, y cuando pasaron á su lado le miró fijamente.

—¿Es posible? exclamó Jerónimo. ¡José Fouché, duque de Otranto!

—Sí, le contestó este.

—¿Qué haceis en Dresde? le preguntó María.

—¿Es posible, dijo Fouché, que un hombre como yo sea desterrado y que se fije en un punto como este, sin que el mundo entero conozca el hecho?

—No hemos oído jamás que fuérais desterrado, dijo Jerónimo.

—Es demasiado cierto, sin embargo, dijo Fouché suspirando, he perdido destino, poder, bienes, amigos. Todo, todo lo he perdido y he quedado solo. ¿No he encanecido mucho? No me admiro de estarlo, porque he dormido muchos años con la cabeza sobre la guillotina; ¿no ha cambiado mi aspecto en lo demás?

—No; dijo Jerónimo.

—¿Qué indica ahora la espresion de la boca? ¿Qué la cara de fraile y la voz de la muerte? ¿Os acordáis de esto? Al oír estas palabras Jerónimo y María soltaron la carcajada y Fouché se rió también con ellos.

—Es malo que me ria así, dijo el ex-ministro de policía con aire muy melancólico. No estoy seguro aquí; tengo el presentimiento de que moriré asesinado y que mi mujer y mis hijos se verán obligados á mendigar. No hay ahora descanso para mí ni de día ni de noche, porque mis sueños son tan horribles cuando duermo, como mis pensamientos cuando estoy despierto. ¿Dónde vivís?

—En una casa que no está distante; ¿queréis venir?

—Si, pero decidme si hay probabilidad de encontrar á alguien, porque no me gusta ver extranjeros.

—No; no encontrareis á nadie.

—Entonces, vayamos. ¿Son estos vuestros hijos? Hijos míos, les dijo, dañe una mano cada uno. Los niños en efecto se acercaron á Fouché; el tono de su voz atraía á todos los niños.

—Que no sepan vuestros criados quien soy, dijo Fouché cuando estaban cerca de la casa. Dejad que vuelva á ser el anciano marqués



Intriga y pasión.—Fouché abandonado por la cohorte de Vénus. (Capítulo X.)

de Beauville; ¿os acordáis de él La Grange?

Después entraron en el comedor de la casa y Fouché se sentó en un sillón. Los niños habían tomado mucha confianza con su nuevo amigo y jugaban con él sin retraimiento alguno.

Nadie que hubiera conocido á Fouché en su vida pública hubiera creído que era el mismo que estaba en aquella habitación dejando que los niños jugaran con sus cabellos grises, poniéndolos sobre sus rodillas y permitiéndolos que pusieran sus sombreros de paja sobre su cabeza. ¿Quién hubiera imaginado que este hombre que les contaba cuentos para entretenerlos era el mismo cuya vida había sido una historia de la más complicada intriga?

Después de comer Fouché se puso más contento bebiendo una botella de Borgoña y dió pruebas de su prodigiosa memoria refiriendo hasta los más insignificantes detalles de los acontecimientos que habían pasado hacia ya años. Esta alegría y esta amabilidad contribuyeron á borrar de la memoria de sus oyentes su falta de integridad y la bajeza de su carácter.

A las diez de la noche, María se puso á cantar al piano.

—¿Os acordáis de esta música y de este canto?

—¿Cómo me he de acordar? dijo Fouché. Esta es la primera vez de mi vida que os oigo.

—No es cierto dijo María y le recordó que era la misma música, que la había oído una noche que ella encontró á lord Brenton en su casa antes de ir á Inglaterra.

—Estaba demasiado ocupado en estudiar á aquel joven excelente, para escucharos en aquella ocasión, la dijo. Siento mucho que haya muerto, porque hubiera podido servirme en Inglaterra, á donde un día ú otro me veré obligado á huir.

Al día siguiente Fouché volvió á casa de Jerónimo y le encontró escribiendo una comedia en tres actos.

—¿Es este el mismo libro en que mutiló el coronel Cartouche? le dijo Fouché.

—Este es, contestó Jerónimo y extraño es decirlo, pero no le he examinado nunca para ver si quedaban restos de aquellas cartas.

—Dejadmele ver, dijo Fouché.

Fouché tomó el libro y leyó varias sentencias que estaban escritas en él.

—¿Qué ha sido del coronel Cartouche? dijo Jerónimo.

—Le di un destino en la Bolsa como recom-

pensa de una picardía que quiso hacerme y que me pagó después.

Fouché había echado la llave á la puerta del cuarto de Jerónimo sin que este lo advirtiera; de repente se puso pálido como la muerte y poniendo un dedo en sus labios con una angustia inmensa se arrastró para esconderse bajo el canapé.

—¿Quién está ahí? dijo Jerónimo.

—Soy yo, dijo la voz de María.

—Entra, la dijo Jerónimo.

—Está echada la llave.

—Jerónimo abrió la puerta para que entrara su mujer. Fouché salió de su escondite temblando de pies á cabeza y le costó mucho trabajo persuadirse que la casa no estaba cercada por el pueblo, pronto á llevarle á París.

—Dejadme que permanezca en vuestra casa para cuidar de los niños, dijo á María.

—Pero aquí no hay peligro ninguno, le dijo Jerónimo. Estais tan seguro como si estuvierais en América.

Uno de estos accesos de terror á que estaba aun sujeto se apoderó de su imaginación y no hubo argumento alguno que le convenciera; por último poco á poco se fue tranquilizando por sí mismo, pero llegaron á ser tan fre-

cuentos estos accesos que Jerónimo y su mujer estaban cansados de ellos; sin embargo los soportaron con extraordinaria paciencia. En casa de estos amigos era donde Fouché se creía algo mas seguro y cuando murió, Jerónimo y María acompañaron su cadáver hasta dejarle ya enterrado.

FIN

DIANA LA VENGATIVA.

I.

A corta distancia de Santander, al pie de una elevada montaña, se veía hace algunos años un inmenso caseron, mitad palacio, mitad casa de campo, que los montañeses llamaban pomposamente castillo, quizás para adular á sus dueños.

Era una inmensa mole de piedra que databa del tiempo del feudalismo, pero en la cual cada época habia dejado un recuerdo.

De castillo solo tenia un gran torreón de ojivas ventanas, único que se habia salvado de la piqueta del albañil; todo lo demás del edificio era de construcción moderna; pero estoy seguro que el arquitecto mas inteligente se habria visto muy apurado si hubiera tenido que decir á que estilo pertenecía.

La fachada principal tenia adornos del tiempo del Renacimiento, ventanas de orden corinto y delante un parque á la inglesa.

Todo el edificio estaba rodeado por un inmenso jardín, en el cual habia bosques sombríos, alamedas que se perdían de vista, cascadas, fuentes y estatuas.

Aquella casa, palacio ó castillo, pertenecía á los señores de Montealto.

El señor conde Amadeo de Montealto, era un viejo seco y huesoso, derecho y fuerte como una encina, de frente pequeña, ojos grises, nariz larga y encorvada, y dientes amarillentos.

El peso de los 70 años de edad que ya tenia sobre sí, no habian podido doblar su alta estatura, ni arrancarle un solo cabello.

No le faltaba mas que una cota de mallas y una lanza para representar un caballero de la Edad Media.

La señora condesa, su esposa, era tambien alta y seca como el señor conde Amadeo; con

el rostro apergaminado y pecoso. Siempre llevaba un vestido de damasco negro, de grandes ramos, desmesuradamente largo, sujeto á la cintura con un cordón de seda negra tambien, del cual pendía un rosario de cuentas gordas y una cartera donde guardaba las llaves y el dinero para el gasto diario.

El señor conde y la señora condesa no tenían mas que un hijo llamado Tristan.

Tristan de Montealto contaba 20 años de edad; era de estatura regular, bello, blanco y rubio como un alemán.

Tristan poseía tambien una imaginación

alemana, es decir, fantástica y nebulosa.

Los señores de Montealto, como eran bastante ricos, y segun ellos decían, el fundador de su noble casa habia sido compañero de Pelayo, no quisieron mandar á su hijo á ningun colegio para que no se rozase con gentes de poco mas ó menos.

Un preceptor sin discípulos, que habia en Santander, sirvió de ayo á Tristan hasta que cumplió diez y ocho años y el buen hombre le enseñó lo que él sabia.

Tristan aprendió un poco de castellano y otro poco de francés y nada mas.



Escritores célebres.—El marqués de Santillana.



La caza del elefante en Africa.

Para un noble descendiente de un amigo íntimo de Pelayo, era demasiado, y de esa manera lo creyeron sus padres, dándose por muy satisfechos con la esmerada educación de su hijo.

Tristan como no tenía otra cosa que hacer, pasaba los días y muchas veces también las noches en el jardín, en compañía de dos ó tres tomos de cuentos de Hoffmann y otros tantos de tragedias de Sakespeare traducidas al francés, que le había proporcionado su preceptor.

El joven se estasiaba leyendo las aventuras amorosas ó sangrientas de los héroes del autor alemán y del poeta inglés.

Los criados y los montañeses decían que estaba loco; yo nunca me he atrevido á decir otro tanto, ni á negarlo; pero si estaba loco, su locura como la de Hamlet, era una locura agradable y melancólica.

El aseguraba, entre otras cosas, con gran fervor, que había visto muchas veces á las tres brujas que se le aparecieron á Macbeth para predecirle que sería rey, vestidas con largas túnicas color de fuego y montadas en sendos palos de escobas.

También refería historias, en las cuales había sido amado como Romeo, ó celoso como Otello.

De todas estas historias que Tristan contaba con tan sentidas frases, recuerdo una que le oi hace algunos años.

Esta historia me causó mucha sensación, yo no sé si por su rareza ó por el sitio donde nos encontrábamos cuando me la refirió.

Era en Escocia, á la caída de la tarde de uno de esos hermosos y apacibles días que Dios solo ha creado para Italia, Grecia ó Andalucía.

Estábamos sentados á la orilla de un camino estrecho y solitario, viendo desaparecer el sol lentamente detrás de la catedral de Edimburgo, como si le causara pena abandonar la tierra.

Las sombras nacientes de la noche iban envolviendo con su negro velo la playa cubierta de ruinas que había á nuestra izquierda, al pie de la cual el mar, tan terso como un inmenso espejo, seguía imasible su tranquilo camino jugando con las conchas de la orilla.

Delante de nosotros, Edimburgo aparecía destacándose sobre un fondo dorado asemejándose á esos cuadros de la escuela florentina pintados por Giotto que tanto asombro causan.

Tristan me contaba su historia con un acento monótono y triste; sus palabras mas bien que pronunciadas parecían caer una á una de sus labios produciendo un efecto extraño.

Héla aquí tal como me la refirió.

II.

Una noche que, como de costumbre, Tristan se paseaba por el inmenso jardín de la casa de su padre, llegó á un bosquecillo de aloes en medio del cual había una preciosa estatua de mármol blanco sobre un pedestal de granito rosa.

Era Diana cazadora con su carcaj al hombro y su flecha en la mano.

La luna deslizaba sus rayos al través de las ramas de los árboles y formaba en el suelo mil caprichosos dibujos semejantes á los de un tapiz oriental.

Tristan caminaba tan distraído, que al pasar por delante de la estatua tropezó en el pedestal.

Entonces se paró y levantó la cabeza.

Pero... ¡cosa extraña!... Tristan creyó que la estatua le sonreía.

La miró con mas atención y vió que no se equivocaba; Diana le sonrió en efecto.

Tristan prosiguió su camino algo confuso, pero aun no había andado ocho pasos, cuando un poder mas fuerte que su voluntad le obligó á volver la cabeza.

Diana lanzó sobre él una mirada de dulce melancolía.

—Es una alucinación de mis sentidos,—murmuró.—¿Cómo se ha de animar ese mármol?...

Pero por mas esfuerzos que hacia, no podía

olvidar la bella sonrisa de Diana, ni su melancólica mirada.

Entró en su habitación, se acostó é intentó dormirse; pero aquello era mas fácil para pensado que para ejecutado.

Por mas esfuerzos que hizo, le fue imposible dormir. Siempre tenía delante de sus ojos la sonrisa y la mirada de la estatua.

Se volvió á vestir, cogió un libro y quiso leer; pero le fue tan imposible como dormir.

Entonces abrió la ventana de su habitación y se asomó para que el fresco de la madrugada refrescara su cabeza.

La aurora comenzaba á blanquear el horizonte, haciendo palidecer la claridad de la luna.

La ventana dominaba todo el jardín.

Tristan fijó su mirada en el bosquecillo de aloes y vió la cabeza de la estatua destacarse sobre los árboles.

El joven apercibió la misma sonrisa en sus labios, la misma mirada en sus ojos.

Tristan permaneció algunos instantes inmóvil, asombrado, confuso.

Mientras tanto salió el sol.

Tristan volvió á mirar otra vez, pero todo había desaparecido.

Diana no sonreía ni miraba; era una estatua tan fría é impasible como todas las estatuas de mármol.

Tristan pasó el día pensativo.

Jamás había sentido en el corazón una sensación parecida á la que sentía aquel día.

Es verdad que Tristan tampoco había visto nunca un rostro semejante al de la estatua, una nariz tan bien modelada, unos ojos tan rasgados, una boca tan deliciosa, un cuello tan bien formado.

Tristan estuvo dos ó tres horas sentado delante de Diana con un libro en la mano; pero en vez de leer no hacia mas que mirar á la estatua.

El viento se había encargado de pasar las hojas del libro cuando le parecía mejor.

En cuanto anocheció, Tristan no pudo resistir al deseo de ver á la estatua á la claridad de la luna.

La estatua le sonreía como la noche anterior y le lanzaba melancólicas miradas.

—¡Oh!... ¡que bellas!...—murmuró Tristan estasiado al contemplar tanta hermosura.

—¡Si no fuera de mármol, como la había de amar!...

—¿De veras?...—dijo la estatua con una voz tan melodiosa, que á Tristan le hizo el mismo efecto que si hubiera escuchado una armonía celestial.

—Sí, Diana;—respondió.—Te amaría como los ángeles aman á Dios...

—Pues bien,—prosiguió la estatua con la misma armoniosa voz;—¿por qué no me amas?... ¿quién te lo impide?... ¿Crees tú también, como lo creen todos los hombres, que los mármoles no pueden amar alguna vez?...

—¡Ah!... ¿con que tu puedes amar?...

—A tí, sí...

—¿Con que puedes corresponder á mi amor?

—Si tú me amas y me eres fiel, sí.

—¡Ah!... ¡Diana!... ámame porque yo te adoro.

—¡Ah!... exclamó la estatua moviendo la cabeza en señal de duda.

—Sí, Diana... yo te amo.

—¿Como quieres que crea en esa pasión tan repentina!...

—¡Ah, Diana!—exclamó Tristan levantando las manos al cielo;—te amo, te lo juro por...

La estatua puso su fría mano sobre la boca del joven y no le dejó concluir su juramento.

—¡Basta... basta!—dijo.—Vas á jurar que me amas por la luna, los astros y las flores, á mí no me agradan esos juramentos... Yo soy como Julieta... no quiero que mi amante jure que me ama sobre cosas tan inciertas y mudables... Yo solo creeré en las obras.

—¡Oh!... ya verás como te amo... ya verás mi constancia...

—Bien... si eso es cierto, yo también te amaré... Pero si un día faltas á tus promesas,

si me olvidas... si me abandonas y amas á otra, mi venganza será horrible, implacable, sin ejemplo...

Tristan cogió una flor de una pasionaria que se enredaba en el pedestal de la estatua formando caprichosos dibujos.

—Esta flor santa,—dijo con grave acento,—será el lazo que una nuestros amores... Toma... guárdala... Si te olvido, maldíceme sin compasión.

Diana guardó la flor.

Desde aquel instante Tristan y Diana se amaron mucho, mucho; pero solo se veían como los enamorados de Verona, desde que cantaba el ruiseñor hasta que comenzaba á cantar la alondra.

A Diana le estaba prohibido amar y hablar cuando salía el sol.

III.

Un año después Tristan tuvo que pasar á Escocia á arreglar unos asuntos de familia.

Una tarde que pasaba por los alrededores de Edimburgo, vió á una joven estremadamente bella, asomada á la galería de una preciosa casa de campo, cuyas paredes besaba el agua del mar.

Era alta, esbelta, blanca y rubia.

Sus ojos azules tenían algo de la transparencia del cielo; sus labios mucho del carmin brillante del coral.

Se llamaba Olimpia.

Olimpia era realmente bella. Tristan la amó con delirio con frenesí y Olimpia le correspondió.

Como Tristan era rico y noble, y Olimpia noble y rica, las dos familias no vacilaron en unir para siempre á los dos enamorados.

La víspera del día de la boda, Tristan tuvo un sueño terrible.

Diana, la estatua del jardín de su casa de Santander, se le presentó con semblante amenazador á pedirle cuenta de su conducta.

Le recordó sus promesas, sus juramentos, sus protestas de amor, sus noches pasadas en el jardín en dulces coloquios bajo la estrellada bóveda del cielo, alumbrados por la luna, y arrullados por el murmullo de la fuente vecina, por el canto del ruiseñor, por el armonioso ruido que producía el viento al deslizarse por las ramas de los árboles.

Pero Tristan no la quiso escuchar; todo lo había olvidado ya, ó por mejor decir, todo había desaparecido para dejar sitio aquel nuevo amor, mas fuerte, mas poderoso, mas violento que el primero... porque era el último.

Diana se retiró jurando vengarse.

Tristan no hizo caso de la amenaza y á la mañana siguiente estuvo mas enamorado de Olimpia que lo había estado nunca.

La boda se celebró con gran pompa y suntuosidad en Edimburgo.

Los nuevos esposos se retiraron á la quinta donde Tristan había visto á Olimpia por primera vez. Las habitaciones de los recién casados estaban casi juntas, solo las separaba un estrecho corredor.

Al tiempo de pasar Tristan de su habitación á la de su esposa, oyó un ruido confuso de voces y quejas y hasta creyó que luchaban.

Tristan empujó con violencia la puerta y entró.

Olimpia desgredada, medio envuelta en una bata de batista blanca, estaba arrojada delante de una mujer vestida de blanco también.

Aquella mujer había rodeado al cuello de Olimpia el cordón de su bata y apretaba poco á poco para prolongar la agonía de su víctima.

Tristan se lanzó sobre aquella mujer para arrancarle á Olimpia de entre sus manos, pero aquella mujer mas fuerte que él lo rechazó y siguió apretando el cordón.

Tristan lanzó un grito de rabia.

La mujer vestida de blanco exhaló una carcajada ronca y estridente que heló de espanto á Tristan.

—¡Diana!—exclamó horrorizado.

Era la estatua del jardín.

—Diana,—dijo la estatua sin cesar de reír;

—Diana que juró vengarse si algún día la olvidabas y que cumple sus juramentos mejor que tú...

Olimpia luchaba por defenderse y extendía sus brazos hacia Tristan.

Este volvió á arrojarle sobre la estatua, pero Diana lo rechazó de nuevo.

Entonces, como si hubiera variado de parecer, soltó el cordón, cogió á Olimpia por los cabellos y la sacó arrastrando fuera de la habitación.

Tristan quiso gritar pidiendo socorro, pero la voz espiró en su garganta.

Diana siguió arrastrando á Olimpia hasta que la sacó fuera de la casa. Tristan corría detrás de ella sin poder alcanzarla y sin poder gritar.

Cuando llegaron á la orilla del mar, Diana cogió á Olimpia ya casi muerta, y la arrojó al agua.

Estas se abrieron para dejar pasar á aquel terrible depósito; después se cerraron y volvieron á continuar su camino impasibles.

Diana sacó un objeto que llevaba oculto en el pecho y se lo tiró al rostro á Tristan que había quedado á la orilla del mar in móvil, mudo, aterrado.

Era una flor de pasionaria marchita y ajada.

—Adios,—le dijo con un acento que lo hizo estremecer;—siempre que ames me tendrás interpuesta entre tu amante y tú... El que una vez ama á Diana no puede amar jamás á otra... Diana no puede tener rivales... Adios; no te olvides de mí, ni de tu noche de bodas. Y desapareció.

Tristan no ha vuelto á amar jamás.

JOSÉ M. CUENCA.

LA CAZA DEL ELEFANTE EN AFRICA.

Acaso entre los animales de mayor volumen ninguno menos ofensivo que el elefante, ya porque solo la trompa es su principal medio de defensa, ya porque su misma corpulencia les impide embestir con ligereza. Esto mismo motiva el sentimiento que causa su persecucion y muerte á los mismos cazadores que en Africa se dedican á perseguirles, con el fin de utilizar su piel y sus despojos, pero sobre todo sus colmillos de que luego las artes se apoderan para convertirlos en preciosos marfiles. El doctor Livingstone, que no hace mucho viajaba por el interior de Africa, refiere una de estas escenas en que el hombre no sabe ceder de sus instintos de destruccion y comercio, por mas que deba causar la muerte de seres inofensivos ó indefensos. Hé aquí cómo describe la caza de una elefanta con su cria.

Queriendo un día examinar ciertas rocas me separé de los demás y distinguí como á dos millas una elefanta con su cria: estaba revolcándose por el suelo interin que la madre se abanicaba con sus grandes orejas. Un peloton de naturales se acercaba á atacarlos. Entonces me encaminé á un punto mas elevado para presenciar su modo de cazar. La pacífica bestia, ignorante del peligro que la amenazaba, estaba dando de mamar á su cria que podría tener unos dos años; en seguida se dirigieron á un charco, y se enlodaron perfectamente todo el cuerpo; la cria retozando con su madre, meneando sus orejas y agitando su trompa, á lo que la madre correspondia con un movimiento de orejas y cola en manifestacion de su contento. Sus enemigos empezaron á silbar con tubos ó con las manos á imitacion de los chicos que silban en las llaves.

Ambos cuadrúpedos levantaron sus orejas y escucharon saliendo del charco al ver la turba que se acercaba. La cria huyó hacia la estremidad del valle; pero viendo enemigos en aquel sitio, se replegó hacia su madre: colocóse esta en el lugar del peligro, cubriéndola con su cuerpo y liándole su trompa como para protegerla mas, echó á andar volviéndose á mirar á los cazadores que seguian cantando, chillando y silbando, marchando oblicuamen-

te, manifestando su ansiedad por defender la cria y el deseo de vengarse de sus perseguidores que iban á unas cien varas á retaguardia y á los lados, continuando así hasta que la obligaron á pasar un arroyo. El tiempo que invirtieron en bajar y subir las márgenes, fue suficiente para que se colocasen los cazadores á unas veinte varas de ellas en una altura, y desde allí les dispararon sus picas: hecho este disparo, se vió que la madre estaba herida por la sangre que derramaba de los costados, empezando mas bien á pensar en su propia salvacion que en la de la cria.

Echó á andar de prisa, mas como ni viejos ni jóvenes corren nunca precipitadamente, antes que llegara se habia refugiado en el agua, y allí la mataron. La madre alojó el paso, y de pronto se volvió dando un rugido de rabia, y atacó á los agresores que se desbandaron describiendo en su carrera ángulos rectos y obtusos; mas como corría á ellos en línea recta, pronto se encontró en medio de todos aunque á bastante distancia, si bien se acercó á uno solo que llevaba un pedazo de tela en los hombros, cosa peligrosa en estos casos: tres ó cuatro veces los cargó, pero en vano; siempre estaban á unas cien varas. Cada vez que pasaba un arroyo, se detenía á mirarlos recibiendo nuevas heridas, de modo, que á fuerza de lanzadas y de perder sangre sucumbió; pero sucumbió heroicamente dando la última carga, que no pudo verificar, pues empezó á bambolearse cayendo muerta de rodillas.

ESTUDIOS CIENTÍFICOS.

LAS OSCILACIONES DE LOS PÉNDULOS.

Llaman hoy día la atencion de los sabios los fenómenos singulares que presentan los péndulos cuando están colocados unos junto á otros, pues basta que uno se ponga en movimiento para que los otros oscilen. M. Lindeur, inspector de los impuestos y guarda-almacen del depósito real de Breslau, ha escrito una Memoria interesantísima sobre tales fenómenos, y consigna en ella que las oscilaciones de dos péndulos son inversas, de suerte que si el péndulo vertical se aleja á la derecha del punto de suspension, el péndulo de delante se aleja á la izquierda. Consignanase tambien hechos curiosísimos sobre la estension de las oscilaciones, y la direccion de los planos en que se verifican. El autor lo atribuye á la acción diversa de la fuerza magnética procedente del sol, que impele todos los planetas, y la eléctrica que atraviesa nuestro globo en la direccion de 66° 30'. Pero hay todavía cosas mas notables en los descubrimientos de M. Lindeur, al que dejaremos explicar:

«Cito la observacion siguiente: el péndulo A solo oscilaba cuatro minutos, mientras que el péndulo C oscilaba 51. Al mismo tiempo la máquina eléctrica no daba chispas; un peso de 13 libras se desprendió de un iman que le retenia, y que en aquel momento no podía suspender mas de seis; el color rojo del cielo al ponerse el sol, subió durante tres tardes consecutivas hasta 60° de elevacion. Estos fenómenos anunciaban un acontecimiento extraordinario. En efecto: el cólera morbo habia llegado del Asia y sacrificaba numerosas víctimas. Entonces todo el mundo venia á examinar mis péndulos. Los médicos y los farmacéuticos comparaban el curso de la enfermedad con los movimientos de ellos, y los consultaban como á los antiguos oráculos de Delfos. Sus avisos eran fidelísimos. El cólera, ya disminuyese, ya aumentase, ya desapareciese ó volviese, no engañaba á mis péndulos, cuyas oscilaciones, por su disminucion ó su aumento, indicaban todos los pasos de su marcha y estas aclaraciones solo se hallaban en mi observatorio.»

Otra observacion. «Hacia fines del mes de agosto de 1853, el péndulo C solo marcaba seis minutos, y el péndulo B tres. La proporcion de los dos era regular, porque el primero

era doble del segundo; pero faltaba la fuerza á las oscilaciones. Igual debilidad en estas volvió á notarse en la primavera de 1854, con la misma proporcion. Esta debilidad fue causada por dos cometas que aparecieron uno despues de otro en dichos dos períodos. Estos cuerpos luminosos trasportan al sol el exceso de magnetismo de la tierra y la llevan, por su fuerza atractiva, esa electricidad que es la materia menos pesada de ella.

»Toda la Memoria de M. Lindeur merece ser leida y meditada. Para mayor claridad de los párrafos que extractamos, diremos, que el péndulo A, era el principal; el B, el que oscilaba del Sur al Norte, ó péndulo eléctrico; el C, el que oscilaba del Oeste al Este, ó péndulo magnético. ¡Cuán importante seria que estos experimentos se repitiesen en todos los puntos del globo, en diversos períodos del día, en diversas circunstancias epidémicas, en los cambios de estaciones, etc.! Probablemente se hallaria la resolucion de muchos problemas de todo punto oscuros en el día.»

HISTORIA NATURAL.

EL ÁGUILA.

Entre los animales, el águila reclama el primer lugar, dice un autor antiguo, no por la escelencia de su carne, pues que nadie quiere comer de ella, sino porque es el rey de las aves. Los antiguos miraban al águila como el pájaro de Júpiter, y Cayo Mario fue el primero que mandó, en su segundo consulado, que las legiones romanas tuviesen un águila por única enseña.

No es preciso que indiquemos aquí los caracteres fisiológicos del águila, ave de presa muy conocida, de la cual existen diferentes especies en todos los jardines zoológicos. Vamos á ocuparnos mas bien de sus hábitos y costumbres.

Al oír la voz espantosa de ese tirano de los aires, los pájaros se esconden trémulos en el espesor de las ramas, y los conejos y las liebres se apresuran á meterse en sus madrigueras... Todos huyen, porque la presencia del águila es un augurio siniestro; rara vez ataca en vano, sus embates son irresistibles, ¡y ay de la víctima que ella elige! Es el león del mundo de las aves. Entre ellas no existe el instinto de la sociabilidad; su carácter es sombrío y solitario. El águila no conoce ni tan siquiera las dulzuras de la familia que tanto buscan muchos otros animales: en cuanto sus hijuelos están en estado de proveer ellos solos á su subsistencia, los arrojan cruelmente del nido.

Las águilas de la especie primera se mantienen de mamíferos: en nuestros países, de cervatos, de gamos, de corderos, de zorros, de cabritos, de aves grandes y hasta de reptiles. Algunas veces devoran los cadáveres. Estremece el ver cómo se lanzan desde lo alto de los aires sobre la presa que codician, á la cual han fascinado invenciblemente con sus miradas. Si la aperciben cuando están con las alas esplayadas y sin moverse de un mismo sitio, se las ve replegar prontamente sus alas y con las garras abiertas, dejarse caer sobre ella, para asirla con tal fuerza que se ve privada de todo movimiento. Na la les importan los sufrimientos horribles y lastimeros lamentos de su víctima, pues impasibles la devoran sin matarla antes. Si van á devorar un pájaro, le quitan antes las plumas, y si un cordero, lo destrozán y tragan algunos vellones de lana.

A pesar de su actividad y destreza para sorprender la presa, las águilas fallan algunas veces el golpe. Después de una tentativa sin resultados, lo cual es bastante raro, levantan el vuelo y van, segun dicen los naturalistas, á posarse muy lejos con aire desconcertado. Cuando han cazado un animal demasiado pesado para poderse llevar, lo matan en el mismo sitio, y lo hacen pedazos, preparándose de este modo una horrible comida.

Pasan mucho tiempo sin comer; algunas



Historia natural.—El águila.

veces hasta tres semanas, pero cuando el hambre les precisa, despliegan una audacia verdaderamente extraordinaria. Se cuenta que un día estaba Felipe III, rey de España, cazando en el Pardo, cerca de Madrid, y la reina Margarita, su esposa, paseándose en los parques, acompañada de una perrita á la cual quería en extremo. La perra se alejó de su señora. En aquel momento vieron los cazadores que un águila se lanzaba sobre un pequeño animal; uno de los señores se reparó para hacer que el águila soltase su presa creyendo que les llevaba alguna liebre de su caza; pero ¡cuán sorprendidos quedaron todos al ver que la pobre perrita era la víctima que remontaba el águila entre sus fuertes garras!

CANTARES.

Dicen, niña, que los ojos
Son el retrato del alma;
Tú tienes ojos azules
Color de cielo sin mancha.

A la luz de las estrellas
Yo te ví, cara de cielo,
Por eso, cuando te miro,
De las estrellas me acuerdo.

Los besos y los suspiros,
Las lágrimas y las quejas,
¿Quién sabe de dónde vienen,
Y dónde el viento los lleva?

Negro está el cielo allá arriba,
Negros tus ojos, muy negros,
Y mi corazón, morena,
Como tus ojos lo tengo.

AUGUSTO FERRAN.

CONOCIMIENTOS INDUSTRIALES.

CARTON PIEDRA VEGETAL.

Una nueva aplicación de las turba ó cesped de tierra se ha ensayado en Inglaterra. Se somete esta materia á un lavado completo hasta que quede limpia de la tierra, arena y otros cuerpos extraños. La turba es en seguida tratada, primero por la potasa, luego por el ácido clorídrico, y en fin reducido á pasta por medio de máquinas. Esta pasta puede ser blanqueada, como la pasta de papel reduciéndola á hojas parecidas al carton ordinario, ó bien haciendo con ella diferentes molduras para objetos de adorno.

ENDURECIMIENTO DEL PAPEL.

Un inventor inglés ha dado al papel ordinario, colado ó no colado, la apariencia del pergamino, sumergiéndole rápidamente en una mezcla de dos partes de ácido sulfúrico del comercio, y una parte de agua; este papel se somete en seguida á un lavado hecho con esmero, y en fin, se comprime fuertemente en una prensa.

UTILIZACION DE TODOS LOS YESOS.

Sabido es que el yeso es el resultado de la calcinación del sulfato de cal acuoso, y que es una materia que amasada con agua, la absorbe con avidez y se solidifica casi súbitamente formando una masa de gran tenacidad. Pero lo que no es tan sabido es que todas las variedades de sulfato de cal pueden darla, y Payen ha demostrado que la calidad depende únicamente del grado de cocción. Este químico ha descubierto, que para obtenerle de la mejor calidad posible, era necesario que la calcinación no pasara de la temperatura del agua hirviendo. Parece que el carbonato de cal que suele contener el yeso, impide con su presencia el efecto de la calcinación demasiado fuerte que se hace sufrir á esta materia. Hoy que conocemos el grado de cocción que parece mas conveniente, es probable que se puedan emplear todos los depósitos de yeso que se conocen en tantos lugares diferentes, y cuyo yeso no se habia podido utilizar hasta ahora sino en las construcciones interiores, á causa de su poca solidez.

ESPLICACION

DE LA CLAVE ENIGMÁTICA DEL NÚMERO ANTERIOR.

No podemos ver á la virtud sin amarla, ni amarla sin ser felices.

FENELON.

Por todo lo no firmado J. GASPAS,
editor responsable.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses. —Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo. —Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31, Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.